

y antes bien le perdonaba
con sólo que á profesar
volviese la fe cristiana.»

«Así lo manifestó
al morir, con la esperanza
de que algún día se encuentren,
en el cielo sus dos almas.»

«Esto tu hija me dijo:
medítalo bien, Peralta,
y piensa, Jaime, que es
tu última hora llegada.

«Escucha cual la tormenta
se aproxima y se desata:
hoy morirás, Jaime Ruiz:
procura salvar tu alma.»

La Tempestad

Dos horas hace que en tremenda lucha
de esas que el hombre con el mar sostiene
como si de su arrojo envanecido
con su grandeza competir quisiere,
sobre la movediza superficie
El Gavilán impávido mantiene
combate desigual con la tormenta
que más á cada instante en fuerza crece.

Oscuro velo de apiñadas nubes
por donde quiera rápido se extiende,
y con fragor horrísono los truenos
del huracán ensordecen.

La angulosa centella, el ígneo rayo,
el seno oscuro de las nubes hienden
y en su rápida fuga, en mar de fuego
la extensión de las aguas se convierte.

Silban los vientos con feroz empuje
los unos á los otros se arremeten,
y entre ellos las olas oprimidas
líquida sierra antójanse y parecen.

Todo amenaza allí; la pavorosa
negrura de los cielos: el ardiente
zig-zag de la centella; el trueno; el viento;
las masas colosales de aguas verdes
en cúmulo de abismos convertidas,
en cuyos senos las espumas hierven;
todo impone y espanta; todo anuncia
la enojosa presencia de la muerte.

Ay del mortal que en tan supremo instante
hacia su nave su mirada vuelve
y vé su pequeñez, y la compara
con la grandeza enorme é imponente
del peligro espantoso que le cerca
y á más á cada instante aumenta y crece,
y deja que el terror le poseione
y en su espantado corazón penetre.

Nunca angustia mayor habrá pasado
ni sufrimiento igual; y si por suerte
logra salvar la vida que en más precio
cuanto el riesgo es mayor el hombre tiene,
bien puede asegurar que á la infinita
santa bondad de Dios omnipotente
nueva segunda vida en este mundo
como á la madre natural le debe.

Jamás se borrará de su recuerdo
el atroz espectáculo imponente,
y á la bondad de Dios agradecido
brotaran naturales y fervientes
del alma y corazón entusiasmados,
himnos de acción, de gracias, dulces preces,
y oraciones tan puras y sentidas
cual grande es la bondad del Dios clemente.

Oremos por aquellos que atraviesan
del proceloso mar las aguas verdes,
en frágil nave, que hasta tanto llega
al puesto en que encontrar abrigo puede
tantos son los peligros que le cercan
que pudiera decirse exactamente,
que es todo buque un ataúd que flota
á través de los reinos de la muerte.

*
**

Con su tajante
y aguda proa
corta las aguas

El Gavilán

sin que consiga
salir del radio
donde se agita
la tempestad.

En vano busca
de la esperanza
el dulce alivio,

la suave luz;
 á donde quiera
 la vista alcanza
 tienden las nubes
 fúnebre tul.

Pasan las olas
 sobre cubierta
 batiendo al buque
 con tal poder,
 que los pedazos
 de la obra muerta
 sobre las aguas
 flotar se ven.

Da ya señales
 de rebeldía
 la fatigada
 tripulación,
 y es que la experta
 marinería
 vé tal peligro
 que desconfía
 que haya esperanza
 de salvación.

Ya falta al buque
 la arboladura
 y el agua á ríos
 penetra en él,
 con tanta fuerza,
 con tal premura,

que á cada instante
 crece en altura
 su pavoroso
 alto nivel.

Desde el principio
 de la tormenta
 tiene la nave
 roto el timón:
 en las bodegas
 el agua aumenta
 y en vano al buque
 ponerse intenta
 sobre la línea
 de flotación.

Los marineros
 desesperados
 al fin se entregan:
 á su terror:
 y de los vinos
 apoderados,
 beben y caen
 embriagados,
 buscando en ello,
 los desgraciados,
 pobres consuelos
 á su dolor.

En vano buscan
 de la esperanza
 el dulce alivio,

la dulce luz,
 á donde quiera
 su vista alcanza
 tienden las nubes
 fúnebre tul.

La revelación

DESPROVISTO de miedo,
 pues jamás en su espíritu esforzado
 pudo el miedo encontrar posible modo
 de vencer su impertérrito denuedo,
 del peligro olvidado
 Jaime Ruiz el pirata
 del furor de los cielos no se cuida
 ni de la tempestad que se desata
 más á cada momento enfurecida.

Sus ojos en los ojos de la hermosa
 y adorable mujer, cuya palabra
 dulce, plácida, suave y melodiosa,
 deleita todavía sus oídos
 dulcemente embriagando sus sentidos,
 nada que ella no sea le entretiene,
 ni eco en los senos de su alma encuentra,

que en la hermosura que á su vista tiene
todo el ser de su vida se concentra.

En el grato embeleso
que al mirar á la bella experimenta,
arrobado y feliz hasta el exceso,
el alma del pirata se sustenta
y embriagado de amor, le desvanece
la luz de aquellos ojos celestiales
en que ver le parece
de otro infinito amor claras señales.

—No lo puedes negar,—al fin le dice;
amor, sublime amor, cual el que arde
dentro de mí y en llamas me consume
también se enciende en tí: Si en vano alarde
de fuerza que no tienes, cautelosa
te muestras hacia mí, prudente piensa
que siendo como eres tan hermosa
fuera el no amarte imperdonable ofensa.

«Poco há dijeron tus divinos labios
que tu alma por la mía has ofrecido,
y fuera hacer á tu bondad agravios
á ello no mostrarme agradecido»

«Qué es lo que debo hacer? ¿volver al seno
de esa iglesia cristiana
de la cual con el pecho de odios lleno
en memorable y cavernoso día
maldije y renegué con alegría?»

»Pues bien; dispuesto estoy á obedecerte:
mas de mi sacrificio en recompensa
á la mía, ¡oh mujer! une tu suerte
y corresponde á mi pasión inmensa.

»¿Debemos de morir? ¿el mar airado
quizás de mí á vengarse se apresura?
¡Qué me importa el rencor ciego del Hado!
Corresponde á mi amor con tu ternura
y con ella, ¡oh bien mío! embriagado
dulce será el morir, si á tí abrazado
en los mares encuentro sepultura.

»¡Oh! ¡mil veces dichosa y grata muerte,
si antes puedo, bien mío, poseerte!
Tanto cual odio la poblada tierra,
asiento de maldad y de cinismo,
de los inquietos despoblados mares
me seduce el abismo.

»En su profundo, inmensurable espacio
nadie vivo penetra,
y quien halla en su líquido palacio
á sus restos mortales
sepulcro de magníficos cristales,
seguro puede estar que nunca sea
por humana mirada
su movediza tumba profanada.

»¿Debemos de morir? Y bien, muramos;
en un lecho de nácar y corales
podremos, ¡oh! mi hermoso y dulce dueño,

libres por siempre de terrenos males
 dormir, tranquilos, apacible sueño.
 Mas antes, una vez, una vez sola,
 ¡oh mujer adorada!
 dí que tu amor al mío corresponde,
 y si acaso, por suerte desgraciada,
 cruel negativa tu silencio esconde,
 márame de una vez, ¡pero responde!

Esto dice el pirata, y la respuesta
 con impaciencia espera indefinible,
 y alzándose la dama del asiento
 que frente de él ocupa, con acento
 melancólico, dice:—¡Es imposible!»

—«¡Imposible!—repite con voz dura
 irritado el pirata;
 ¿cómo es que así lo escucho, y la amargura
 de oírlo no me mata?

»¡No: eso no es verdad; no puede serlo!
 amor, sublime amor, mi pecho inflama;
 hacia tí, ¡oh mujer! mi amor me llama,
 y puedo, y quiero, y voy á obedecerlo.»

Y tal como lo dice, así lo intenta
 y ebrio de amor á ella se dirige;
 mas al tender su mano, la tormenta
 con tan grande furor súbita crece
 que el buque á sus embates se estremece
 y de invisible mano la pujanza
 lejos de la mujer á Jaime lanza.

Con el golpe aturdido,
 vacila y cae casi, sin sentido;
 mas pronto, reponiéndose, del suelo
 álzase Jaime Ruiz enfurecido,
 blasfemando del cielo.

—«¡Calla!—grita la joven,—¡desgraciado!
 Dios en tu auxilio y tu favor acude,
 ¿y blasfemas de él? Desventurado,
 lejos de tí tu vanidad sacude,
 deja hablar, Jaime Ruiz, á tu conciencia
 y deja de retar la Providencia.

»Esta dulce pasión que á tí me impele
 y á quererte me inclina,
 no es lo que tú supones y no nace
 de turbia fuente de pasión mezquina.

»No te extrañe, por tanto, el que rechace
 con supremo desdén indefinible
 esa loca pasión con que me hieres:
 yo sola y entre todas las mujeres
 soy para tal amor un imposible.

»Ya debieras haberlo conocido
 en el valor que en tu presencia ostento:
 el pirata sangriento.
 en mar y tierra odiado, aborrecido,
 tan sólo por mí puede ser querido,
 tan sólo para mí; raro portento,
 no puede ser temible ni temido.

»Sólo, tan sólo yo con santo anhelo
 pude tratar de conquistar tu alma
 para volverla pura á Dios y al cielo:
 sólo yo pude concebir la empresa
 temeraria, atrevida,
 de buscarte, aun con riesgo de mi vida,
 donde quiera te hallares
 en la extensión inmensa de los mares.

»Tan sublime locura
 no la produce en el cerebro humano
 la amorosa, terrena calentura.

»Otro impulso más noble y soberano
 hasta tí me guió; y ya lo miras;
 tranquila y resignada con mi suerte,
 ni me espanta la muerte
 ni me imponen las iras
 del mar, que en recia tempestad deshecho,
 será de entrambos funerario lecho.

»El sumo Dios que mis acciones guía
 há tiempo, Jaime Ruiz, que me predijo
 que este ha de ser nuestro postrero día.

»Hacia mi fin tranquila me dirijo,
 pues mi alma confía
 en que cediendo á mi ferviente ruego
 vuelvas al Dios que renegaste ciego,
 tu alma de mi alma en compañía.

»Con ello cumplo el último deseo

de la noble mujer que un día amaste,
 y en tu loca venganza
 á inicuo sufrimiento condenaste,
 que á esto el ciego rencor al hombre lanza.

»Al lanzar el postrer último aliento,
 puesto en tí, Jaime Ruiz, su pensamiento,
 —«búscale donde esté,—llorando dijo,
 »y hazle saber que en el supremo instante
 »último de vida agonizante,
 »desprovista de encono,
 »el mal que me causó yo le perdono;
 »y que, pues dice que me amó algún día,
 »de su amor en recuerdo,
 »no acuse á Dios de la desgracia impía
 »á cuyos golpes hoy la vida pierdo.

»Dile que vuelva al amoroso seno
 »de la Iglesia cristiana, que en mal hora
 »abandonó su corazón precito:
 »dile que si de Dios piedad implora,
 »su poder infinito
 »podrá darnos á todos el consuelo
 »de reunir en el cielo
 »á los que en implacable y cruda guerra
 »vivimos desgraciados en la tierra.

»Dile también que aunque á nefando crimen
 »debo la inmensa dicha de ser madre,
 »no puedo aborrecer al que es el padre
 »del bello ángel de bondad que oprimen
 »contra mi corazón, ya casi inerte,

» mis brazos, en las ansias de la muerte.

» Dile que en la pobreza en que me veo
» sólo puedo legarle este sencillo
» relicario de oro, que deseo
» que admita como prenda con que abono
» cuánto y sinceramente le perdono.

» Hállase en él la imagen soberana
» de la Madre de Dios, aparecida
» en la virgen región americana,
» y es en la Nueva España conocida
» bajo la advocación Guadalupana.

» Hizome obsequio de ella un marinero
» que hubiera en un naufragio perecido
» si al invocarla con fervor sincero
» no hubiérale la Virgen socorrido.

» Desde entonces la imagen milagrosa,
» en tantas cuantas veces he invocado
» su protección y ayuda poderosa,
» mis súplicas ardientes ha escuchado.

» Dile, al dársela tú, que por ser mía,
» que ha de admitirla confiada espero,
» y dile, en fin, que en mi postrero día
» hablándote de él tranquila muero.»

Calló la joven, y del casto seno
que á la blancura de la nieve afrenta,
y á las rosas de Abril hiciera agravios,
toma la alhaja, llégala á sus labios,
y al pirata, llorando, la presenta.

Tómala Jaime Ruiz, y conmovido,
sintiendo el alma por la angustia opresa,
lanza un ronco gemido
y el medallón emocionado besa.

Y cual si el beso aquel la seña fuese
entre los elementos convenida,
para dar con su ira y furia loca
fin del pirata á la agitada vida,
el trueno con su estrépito convoca
al viento y la centella á la batalla,
y destrozando el buque, la tormenta
con nuevos bríos y furor revienta.

Súbito, un rayo con fragor estalla,
el seno oscuro de la nube hiende,
y en la cámara entrando,
sobre la rica alfombra el cuerpo tiende
de la joven hermosa, mal herida
y en el último extremo de la vida.

—«¡Maldición!»—grita Jaime, y presuroso
levántala en sus brazos, exclamando:

—«¡Dios mío! ¡Dios clemente! ¡Dios piadoso!
escucha mi plegaria y mi deseo,
mi vida por su vida, y en tí creo.

«Y tú, oh santa imagen soberana
de la Madre de Dios, aparecida
en la virgen región americana,
y en este relicario contenida,
bella Madre de Dios Guadalupana,
escucha mi plegaria y mi deseo,
mi vida por su vida y en tí creo.»

Aun no concluye Jaime la plegaria
ferviente que le inspira
el cruel desastre que espantado mira,
cuando rasgarse vé el oscuro velo
y en suave luz iluminarse el cielo,
de cuya luz el centro le parece
que con fulgor divino resplandece.

Sus ojos en tal centro absorto fija,
y á una celeste voz decir escucha:
«Triunfaste, al fin, en la difícil lucha;
Dios bendice tu obra, noble hija;
has salvado á tu padre,
regresa al seno de tu amante madre.»

— «¡Mi hija!» — exclama Jaime; — «¡santo cielo!
¡mi hija! ¡mi hija tú!» — «Sí, padre mío,»
contesta la adorable criatura;
«¡oh, qué dulce consuelo
alivia ¡oh, padre! mi dolor impío,
y mi alma llena de eternal ventura!»

— «¡Hija del alma mía!» — «¡Padre amado!»
— «¡Por qué te conocí para perderte?»

LIBRO IX

DISERTACIÓN HISTÓRICO-TEOLÓGICA